

Barrios urbanos

La gran mayoría de los venezolanos vive en los barrios de nuestras grandes ciudades y zonas metropolitanas. Según los cálculos hechos, la extensión de los barrios cubre 90.000 hectáreas en todo el país, y allí residen once millones de habitantes. Sin embargo, a pesar de esa presencia masiva de los barrios en las ciudades, ambas realidades —ciudad y barrio— conviven antagónicamente, lo que produce una de las más profundas rupturas que divide a la sociedad venezolana en su conjunto.

La ciudad en contra de los barrios

La multiplicación de los barrios puede ser considerada como la forma de ocupación del espacio urbano más violenta de la historia humana. Para muchos, es un fenómeno «no deseado» del proceso de modernización del siglo XX a lo largo y ancho del planeta. Para una gran parte de nuestros urbanistas y planificadores, los barrios no forman parte de la ciudad, son unos invasores de última hora que han elevado exponencialmente los problemas urbanos. La dirigencia política y social tampoco los considera parte de la sociedad, porque es un mundo subhumano. En esta versión, los barrios son como aquellos asentamientos de «bárbaros» que rodearon a las ciudades romanas pero que estaban muy por debajo de su nivel cultural. Para las industrias de la ciudad, el habitante de barrio tiene el atractivo del bajo costo que representa su mano de obra; pero su escasa cualificación profesional pone un estrecho límite a ese atractivo. En esta perspectiva, la ciudad rechaza al barrio, está en conflicto permanente con él, estorba. El ideal es que los barrios desaparezcan de nuestras ciudades, que dejen limpios nuestros cerros y quebradas para que la ciudad formal pueda crecer y desarrollarse armónicamente.

La obstinación de los barrios

Frente al obstinado rechazo de la ciudad, se impone también el obstinado esfuerzo de los barrios por radicarse y entrar en la ciudad. El habitante de los barrios no vino para irse sino para quedarse, porque rompió definitivamente con su pasado, para abrirse paso en la ciudad. En su origen los barrios son un cúmulo de esperanzas que se traducen en miles de respuestas cotidianas por participar activa y entusiastamente en el proceso de modernización del país. Así, se invadieron terrenos inhóspitos, se ha construido la vivienda, invirtiendo miles y miles de bolívares año tras año. También se ha construido el barrio mismo, no sólo sus calles, veredas y servicios sino el complejo mundo de relaciones interpersonales que allí se desarrolla. Desde el barrio se va a la ciudad a buscar trabajo, educación, servicios, favores y reconocimientos.

Pero esa obstinación está transida de sufrimiento y dolor. Como el barrio está separado de la ciudad, a sus habitantes les cuesta mucho atravesar el puente que los comunica. Técnicamente considerado, el barrio es un suburbio; es decir, son zonas habitadas que están por debajo de las normas científicas que diseñan el espacio urbano para el asentamiento de comunidades de pobladores. De allí que, por lo general, las condiciones geológicas de los terrenos de los barrios, sus vías de acceso, sus infraestructuras de cloacas, alumbrado, acueducto, espacios públicos, infraestructuras de servicios públicos, diseño de viviendas, etc. sean extremadamente deficientes en relación al diseño de la ciudad formal. De allí la primera fuente de sufrimiento: los hombres y mujeres de los barrios quieren vivir en la ciudad; su paradigma es la vida urbana; sus esperanzas encaminaron sus pasos hasta allí; pero el barrio no es ciudad, está en las afueras, en el extrarradio, en el suburbio. El poblador del barrio no es vecino de la ciudad en el sentido de estar arraigado en ella, sino todo lo contrario, es un expectador de la misma desde la altura de los cerros o la profundidad de las quebradas o en la lejanía de sus límites. La ciudad no es más que una referencia simbólica.

Pero hay más. Los hombres y mujeres de los barrios invaden todos los días a la ciudad en busca de trabajo, educación, salud, recreación. Pero ir del barrio a la ciudad es una odisea. Por ejemplo, los habitantes de los barrios caraqueños tienen que subir o bajar a pie el equivalente a 27 pisos para salir o llegar a su casa. Esta característica, por sólo mencionar una, permite comprender lo costoso del transporte, las dificultades para movilizar a los enfermos, ancianos y niños, el acarreo de alimentos, gas, muebles, materiales de construcción...

La urbanización de los barrios

La ciudad crece y se desarrolla de espaldas a los barrios y éstos se multiplican y consolidan mirando a la ciudad que nunca se alcanza y se posee plenamente. Prueba del conflicto que se escondió en esa dicotomía fue lo ocurrido el 27 de febrero de 1989. En esos días, el antagonismo llegó a su climax. Los que habitaban en las zonas urbanizadas de nuestras grandes ciudades, miraban con espanto cómo los barrios conquistaban a la fuerza a la ciudad que se les había negado secularmente. Por unas cuantas horas, se pudo consumir ciudad libremente bajo la mirada

atónita de quienes habían detentado su monopolio.

Pero esta ruptura puede empezar a cambiar. El punto de partida de esa transformación es reconocer a los barrios como una realidad permanente de nuestras ciudades. La consecuencia inmediata de ese reconocimiento es contribuir eficazmente a su urbanización; es decir, los barrios pueden también integrarse al ámbito formal de la ciudad, haciendo de ellos espacios físicos en donde sus comunidades puedan desarrollar plenamente sus potencialidades. Muchos expertos han trabajado arduamente para proponer al Estado y a la sociedad civil proyectos concretos de urbanización para los barrios, que dejan atrás las obsoletas políticas tradicionales de «mejorar a los barrios».

Urbanizar a los barrios es ofrecer a millones de personas la posibilidad de hacer realidad el sueño que ha orientado toda su vida: residir en la ciudad. Para ello la ciudad debe entrar plenamente en el barrio con sus servicios públicos, sus normas de planificación, construcción y diseño. Urbanizar es posibilitar que nuestros barrios se conviertan en urbanizaciones pensadas para que la vida de sus habitantes sea más humana y agradable.

Pero urbanizar a los barrios va mucho más allá de su rehabilitación física. Significa también que sus habitantes se transformen en ciudadanos activos y responsables ante su propio desarrollo. El empobrecimiento creciente ha transformado a los barrios en lugares de esperanza frustrada. La distorsión de las motivaciones sociales, junto con los límites cada vez mayores para sobrevivir de una manera digna, fundamentalmente por el trabajo y la capacitación, han facilitado la extensión del tráfico y consumo de drogas y el recurso a la violencia entre los jóvenes de nuestros barrios. En medio de ese cuadro, la tentación es la apatía, el individualismo, el miedo, que pueden convertir a nuestros barrios en lugares de sobrevivencia desalentada. Por ello, que la ciudad entre en el barrio es también decir que entre con ella la virtud ciudadana; ésa que consiste en la capacidad ética de asumir en consciencia la responsabilidad por la transformación colectiva.

Que la ciudad entre en el barrio es que éste crezca y se fortalezca como sociedad civil, que florezcan sus organizaciones propias, la capacidad de gestionar sus intereses frente al Estado y a otros grupos de intereses y, en definitiva, que sean los propios habitantes del barrio los sujetos de su promoción.

Que la ciudad entre en el barrio es que sus habitantes se transformen en vecinos de toda ella. Según los usos más antiguos, vecinos son todos aquellos que tienen casa y lugar en un pueblo. Que los habitantes de los barrios se constituyan en vecinos de la gran ciudad significa la esforzada tarea de diseñar a la sociedad urbana de forma que permita una verdadera inserción de estos millones de personas en la economía, los servicios y el Estado. Hacerle lugar a los barrios es hacer posible el tránsito de los mismos desde la periferia de la ciudad hasta su centro mismo; es continuar el éxodo que se detuvo en las afueras de la ciudad.

Vecino significa el que vive en la proximidad del otro. Desgraciadamente la ruptura entre los barrios y las ciudades está reforzada por una variada gama de prejuicios que van desde el racismo excluyente hasta las consideraciones ideológicas más sofisticadas que los consideran ciudadanos, pero de segunda categoría. Esos abismos son los más difíciles de cerrar, porque cierran las mentes y el corazón al diálogo y el consenso social. Abrirse a la proximidad de los barrios es ser capaz de ver con ojos limpios la calidad humana de las personas que los constituyen y contribuyen con su trabajo diario al sostenimiento de la sociedad.

Otros obstáculos

En este momento uno de los principales obstáculos para emprender la urbanización de los barrios en Venezuela es el vacío de Estado que padecemos. Una tarea de las dimensiones que estamos proponiendo supone la existencia de un Estado fuerte, a nivel local, regional y nacional, con capacidad real de gestión, administración, legislación y representación. Los proyectos concretos de urbanización de barrios que se están desarrollando en el país cuentan entre sus más grandes dificultades la ausencia de una voluntad política decidida que institucionalmente soporte los procesos que se derivan de estas experiencias.

A esta dificultad se añade el clientelismo político, que tradicionalmente se ha nutrido de las necesidades más apremiantes de la población. Los barrios han sido el espacio político preferido para buscar votos ofreciendo soluciones superficiales a problemas graves y difíciles. Ha sido el clientelismo político quien ha dirigido la intervención desordenada del Estado en los barrios, impidiendo así la existencia de una política consistente de urbanización.

Urbanizar a los barrios requiere de proyectos a largo alcance; es una tarea para muchos años. Contra esto conspiran las mentalidades cortoplacistas, efectistas, que quieren obtener resultados rápidos ahorrándose el largo camino que impone la complejidad. Optar por la urbanización de los barrios exige que la sociedad, el Estado y los partidos nos comprometamos en un proceso de hondas transformaciones para las próximas dos décadas.